



### EL CASTILLO DE AMPUDIA.

Acaso no haya en el transcurso de los tiempos una época mas difícil de estudiar y comprender que la *edad media*. Calumniada por unos, exagerada por otros, é indefinida por todos, ya nos la pintaron como una barbarie prolongada; ya la entrevimos cual era heroica de valor y sentimiento; ya, en fin, quieren que sea un intervalo negativo entre la antigua y moderna civilización. Pero apenas en todo ello hay algo de concreto y definitivo. Consiste la dificultad en los diversos y heterogéneos elementos que entran en la parte en aquel mundo, y que le dan en ciertas cosas un carácter complejo y por ventura contradictorio. Como á la disolución del orbe romano, bajo el hacha de los bárbaros no quedó en pie ningún principio de aquella sociedad, se levantaron simultánea y poderosamente al choque de la inmensa convulsión nuevas fuerzas y aspiraciones desconocidas, para disputarse el régimen del naciente embrión social. Cernidos sucesivamente por el vaiven de los sucesos, quedaron en resúmen unos pocos con representación y ascendiente, para obrar en el teatro del siglo y compartir las pretensiones á su dominación. La iglesia, como fórmula oficial del cristianismo, por su victoria sobre la gentilidad, á la caída del imperio operó radicalmente sobre el mundo teutónico, que salía de entre las ruinas de Roma, y tomó desde luego un lugar que fué mayor cada día. El feudalismo militar venia ya germinando desde las selvas escandinavas, y no hizo mas que organizarse varonilmente sobre el campo de su triunfo. La monarquía, hija del pavés y de la espada, no tardó en sacudir la tutela de los varones electorales, y quiso vivir por sí propia bajo la fórmula del heredamiento y de la voluntad de Dios. Y el principio municipal y libérrimo de los tiempos patriarcales, comprimido al estrépito del trastorno general, no se descuidó en asomar su cabeza entre aquellos dos poderes rivales, para ganar terreno á costa de sus mútuas debilidades. Cada cual de esos elementos militantes representaba una idea, y estaba á su vez representado por un sentimiento. La iglesia significaba la unidad humana, y tenía su símbolo en el espiritualismo exaltado, que hacia de la patria una religión, y de las batallas un martirio. La feudalidad era la fuerza, cuya divisa fué el mas absoluto é in-

condicional individualismo. La monarquía cifraba una intermediación entre lo divino y lo humano, y se hacia entender con la imagen colectiva del Estado y de la mancomunidad de las fuerzas políticas y sociales. El concejo, por su parte, hacia el personero de la libertad, y hablaba por la lengua de la tradición y de la dignidad de los hombres. Todo esto se percibe bien: pero no está aquí el problema. En el fondo de esas disímiles instituciones existían otras tendencias y focos de acción, que parecían opuestos á su agente radical. ¿Sería, por ventura, para dulcificar la energía del mismo elemento, ó uno de esos contrastes felices de la humanidad en el flujo y reflujo de su movimiento? No es fácil sorprender el arcano de la providencia. Circunscribiendo pues la abstracción, aquella antinomia ofrece mucho y muy aprovechado que discurrir. El dominio feudal, por ejemplo, se define: tiranía, materialismo, individualidad. Y bien: ¿cómo se avienen con esa feroz nomenclatura la galantería, la exaltación caballeresca y la elevación del sentimiento delicado? ¿Cómo se aplicaba al *señor* talando los campos apaleando á los pecheros y ejerciendo el infando monopolio de la *prelibación*, y al *caballero* saliendo lanza en ristre al favor de las viudas y doncellas, acorriendo á los menesterosos contra injustos desaguisados, y lidiando en sangrientas justas por la debilidad y la belleza? Hay en ello tan hondas antilogías y oscurísimos enigmas, que no es bastante ninguna humana luz. ¡El hombre mismo que esquilma á los transeúntes por sus estados, que profana las primicias del tálamo ajeno, y comete á sangre fría los mas horribles desafueros, da tambien su vida en defensa de un huérfano, sale al púlpito por el agravio de una mujer, y es capaz de las mas altas y generosas acciones. ¡Todo á título de su jerarquía señorial!... La caballería consagró la poetización de la mujer, partiendo de su emancipación por el cristianismo, y contribuyó á sacarla del estado humillante y absurdo en que se vió relegada durante la antigüedad por leyes sin corazón y costumbres sin pudor. Pues bien: aquella edad tan bizarra y romancesca, que hizo de la galantería una profesión; que idealizaba el amor hasta el sacrificio; que cantaba y lidiaba, vivía y moría por el culto caballeresco de las damas, al reverso inmolaba sin compasión el albedrío de las vírgenes, abrumaba al sexo débil con la tiranía doméstica, social y política, y solamente veía en sus propios umbrales el honor de las hembras, como tampoco hallaba

11 DE JUNIO DE 1834.



fuera de sus cotos la propiedad, ni mas allá de sus ballestas el Estado. Se muestra pues una mezcla extraña de delicadeza y depravación, de sentimiento y de fineza, de magnanimidad y envilecimiento que resiste á toda reflexión. Parecen cosas entre las cuales Dios ha vedado eternamente la tregua y la paz. Esa época de violencia y avasallamiento lo es también del sentimentalismo y de la hidalguía. La crudeza mayor se encuentra al lado del apasionamiento mas tierno. Y en medio del mas opresor egoísmo reinaba la mas bizarra y pródiga abnegación. La mujer reina en su servidumbre; el placer súbito en su tiranía. La obligaba á vivir para sí; pero sabia morir por ella. Y si tendemos la vista por otras regiones de ese mapa, encontramos igual fuerza de contrastes. El baron que á mano armada despoja hoy un monasterio y apresla la servidumbre de su abad, mañana erige una catedral, ó marcha á morir en demanda del Santo Sepulcro. Y tal otro cuelga un día de su rollo señorial á un montero del rey; que metió el pié en el coto redondo de la jurisdicción, para salir el siguiente con todos sus deudos y vasallos en son de guerra á defender las villas del patrimonio Real. Bien que en esto de los señores con los monarcas no faltan curiosos y embrollados apuntes. Mucho aparato y muchísimo alarde de lealtad, como uno de los principales puntos de honra. Pero eso no impedía alzar pendones contra la corona, y ejercer el privilegio disolvente de la *desnaturalización*, y darla siempre que era posible, *viribus et armis*, la ley. Bastan estos ligeros rasgos para bosquejar la fisonomía anómala y problemática de los tiempos feudales, cuyo análisis es tan profundo como árdua su apreciación. Esa índole mista y equívoca quedó afortunadamente marcada en el registro de su existencia, con las ideas y fórmulas, virtudes y vicios de aquel inmenso drama. Se revela en todos los vestigios de su poder. La teocracia en sus instituciones y riquezas; la monarquía en sus conquistas y tradiciones; los concejos en sus behetrías é inmunidades; el señorialismo en sus genealogías, privilegios y fortalezas. Hay entre estas particularmente ciertos monumentos disformes é híbridos, en que se halla perfectamente incarnado aquella duplicidad característica. Mitad palacios y mitad castillos, lo mismo sirven para dar un festín, que para sostener un sitio, y traducen fielmente la doble y contradictoria psicología de sus dueños y de sus tiempos. La aristocracia concentrada en el resorte absoluto de la fuerza, necesitó atrincherar sólidamente sus establecimientos contra el *fisco* y el *común*, y cubrió la superficie del país con vastísimo campamento. El feudalismo fué así una inmensurable plaza de armas que abrumaba el suelo con bosques de atalayas, baluartes y ferradas torres, cuya entrada guardaba el monstruo del privilegio, acostado bajo la argolla al pié del sangriento pilar. Cada *señor* acuartelado en sus bastiones quería vivir sin ley ni rey. De aquí las necesidades de los fuertes y rastillos. Pero necesitaba al propio tiempo ostentar la parte dramática y deslumbradora de su complicado papel. Para esto la morada de bizarra ostentación. El *alcázar* fué la combinación artística de aquellas dos exigencias, el término de fuerza entre la vivienda del *magnate* y el cuartel del *guerrero*. Debida á los árabes esa novedad monumental, de la cual nos dejaron notables ejemplos en sus ciudades, por una necesidad intrínseca á sus costumbres y estado social, nuestros príncipes y magnates la adoptaron como tan ventajosa y apta para su doble consideración militar y heráldica. Estas construcciones merecen ser cuidadosamente observadas, porque revelan bien la condicion ambigua y mistiforme del castellano de la edad media; colocan en inmediato contraste dos facies de una misma existencia, dos modificaciones de un tipo, y son el símbolo gráfico del misterio feudal. El CASTILLO DE AMPUDIA fué una de esas fábricas bélico-palaciegas, una obra aristocrático-marcial, que lleva el sello enigmático de su azarosa época.

Veamos pues. En la base exterior del alzado la barbacana, para nivelar el plano de la obra trazado en la vertiente de las colinas. Ante su escarpa el foso, salvado por un ponton provisional de cal y canto. Sobre ella una cortina de muralla, revestida de numerosos cubos almenados, para artillería y armas menores con plataformas y parapetos. Enclavada por sus extremos en el muro de la población, ciñe la parte principal de la fortaleza, como la armadura el pecho de un guerrero. Entre los dos baluartes centrales forma la entrada del castillo un arco, desprovisto ya de la loba y peynés, pero conservando los orificios para las cadenas del puente levadizo en sus muros de enjuta. La falsa mina desemboca á su derecha, y casi oculto en el ángulo exterior que forma el tambor con el murallaje, que en su espesor contiene cuerpos de guardia y otras obras de bóveda; estando provisto además de escalinatas en su frente interno para el servicio de los puestos. Ganada la línea exterior, y desembocando en la placeta, se da sobre la perspectiva general del alcázar, cuya planta hace cuadrilátero rectángulo de 106 piés de frente, y casi igual fondo, guarnecido con robustas torres en sus ángulos. El edificio comprende en su fortificación dos departamentos, el palacio y la verdadera fortaleza. Constituyen aquel los tres lienzos primeros del cuadrángulo, y forma esta la doble cortina del fondo, con construcción independiente y de todo punto militar. El palacio es el segundo recinto castramentario

de la obra, y encierra la morada de los señores y sus dependencias. La fortaleza hace por sí sola un cuadrilongo, que era la tercera línea de defensa y el último atrincheramiento de la guarnición, que podía sostenerse allí con ventajas, aun perdidos los otros órdenes de resistencia. Penetremos pues desde el átrio esterno por la portada principal de heráldicos blasones coronada, y por un pasadizo abovedado llegaremos al patio central de las obras. Las tres alas pertenecientes al palacio (una de ellas arruinada) constan de un pórtico bajo, cuyos góticos machones sostienen arcos escarzanos; corriendo sobre esto un claustro alto, de igual traza, sobrepuesto á su vez en el tramo del N. por una tercera galería. Entre las muchas piezas que desembocan sobre cortos corredores merecen especial aprecio el *salon de recibimiento* y el de la *chimenea*, que ostentan interior y exteriormente lindas portadas de preciosos vaciados góticos en yeso, y buenos artesonados, que montan sobre una imposta, por la cual corre graciosa cenefa de hojas de vid silvestre, entrelazadas con escudos de armas, blasonados alternativamente de estrellas y lobeznos. El hogar es una especialidad en su género, por las dimensiones de 10 piés línea por 8 fondo. Ejemplar curioso de aquellos inmensos fogones de la edad media, en que los villanos y moneros del local, rico-home, tostaban á la llama de un roble entero el grasiento jabalí, por sus venablos traspasado en la sangrienta y alborozada montería. Y recuerda alguna de las escenas feudales que Walter-Scott pinta con tan palpitante interés y colorido dramático. El *salon de la armería* se halla en el piso mas elevado, y semeja á los anteriores en su corte y aspecto. Pero se halla vacío, porque le despojaron los franceses y los guerrilleros de sus abundantes y variadas colecciones. Y otros luego han consumado la odiosa depredación de este curioso museo de la antigüedad. Las murallas que circundan el alcázar, provistas de copiosos almenares, tienen cubiertos sus terrados, y hacen cómodos tránsito; estando defendido el centro de cada frente por un pabellon veladizo, montado sobre canes abiertos, de forma circular y remates cónicos.

La fortaleza del lienzo occidental consiste en un inmenso murallón, con 70 piés de longitud por 16 de codal, precedidos de dos cuerpos salientes á los extremos del patio, donde se hallan la entrada, y pegados á las grandes torres que terminan los cabos de esta fortísima fábrica. Sobre la cúspide hay una esplanada, que llaman el *paseo de la reina*, guarnecida en sus bordes con parapetos almenados y atronados. Desde ella se sube á los cuerpos altos de la torre del homenaje, titulada también de «Malpique» (y á la azotea de la opuesta), que termina en una gola de modillones, donde apean los almenajes del glacis supremo, dominados por una linterna volante, para el puesto de vigilancia. Y cierra este puesto fuerte por lo exterior, altísimo y formidable muro de piedra, protegido con defensas verticales por las obras superiores.

La arquitectura de este monumento es por lo general gótica, de la tercera época, según lo manifiestan las bordaduras y vaciados de los salones, y cierto arco conopial de un torreón. Pero es en sus formas dura y parca de ornatos, cual cumple á la rudeza marcial y á la severidad de su destino. Las bóvedas ojivales de piedra que cubren los pisos de las torres, se hallan guarnecidas por fuertes aristones; las elipses desnudas de filetes y vivos; todo respira en fin la fiera de los combates y la edad de la fuerza. Desde los muros del castillo arrancaban los que circun la villa, flanqueados de baluartes redondos de recia construcción. Porque AMPUDIA fué plaza importante en el tiempo viejo. Su origen viene desde muy alta fecha. Perteneció al señorío de Doña Isabel de Meneses, mujer de D. Juan Alfonso de Alburquerque, y habiéndose rebelado este contra el rey D. Pedro por los amores de la Padilla, y fallecido su hijo D. Martin sin sucesión, los bienes y estados de aquella señora pasaron por merced del monarca á su bastardo hermano D. Sancho. Esto fué posterior á 1334. Luego perteneció á D. Pedro Lopez de Ayala, y ha venido por último á radicarse en la casa del Infantado. En esta fortaleza puso sitio la reina Doña María la Grande al turbulento D. Juan de Lara, cuando las discordias por la minoría de D. Fernando IV. Pero el rebelde prócer no esperó la acometida, y escapándose de noche con unos cuantos caballeros se refugió en Torre-lobaton. Quizá de este episodio provenga el nombre histórico de la esplanada, en memoria del triunfo de S. A. En tiempo de la guerra de las Comunidades también figuró AMPUDIA ó PUENT-EMPUDIA, como dice la crónica de la adulación imperial. Pertenecía entonces al conde de Salvatierra, partidario de la Liga. Viendo el condestable que era inútil con él todo esfuerzo para apartarle de su leal propósito, mandó á un D. Franco de Beaumont que tomase la villa. Así se verificó, gracias á los pocos medios de defensa. Mas los comuneros, saliendo de Valladolid al mando de Padilla y Acuña, cayeron sobre la plaza con una fuerte banda de gente y algunos falconetes. Abierta inmediatamente la brecha, entraron á escalada, y obligaron á los realistas á abandonar la villa, dejando únicamente en la fortaleza un buen escuadrón, y retirándose corridos y maltrechos á la cercana Mormojón. Padilla se lanzó tras ellos;



atacó esta población, ganando las puertas y entrando á todo trance. Mas perdonando generosamente á los moradores, que salieron á su encuentro con la clerecía y cruces en procesion, con grandes llantos, y con los piés descalzos las mujeres y niños, demandando gracia y moviendo á compasion, el caudillo dejó puesto cerco á la enricada fortaleza, y revolvió sobre AMPUDIA, para tomar su castillo á la vez. Embistió las fortificaciones, jurando hacer en los imperiales afrentoso escarmiento; pero se dieron luego á partido, y entregaron el puesto por capitulacion, con todos sus aprestos y menesteres, debiendo sus vidas y arreos personales á la humanidad de Padilla los 160 ginetes que componian la guarnicion.

Este monumento artístico es uno de los pocos que van quedando en pié, y que desaparecen sucesivamente, entregados al abandono y á la rapacidad. ¡Raza granítica de gigantes, que convertidos en sombras perdidas se llevan consigo los recuerdos fantásticos de una edad misteriosa, que acaso los poetas estan solamente llamados á comprender, para mortificacion de la critica y de la historia!

V. GARCIA ESCOBAR.

## ANTON DE MONTORO.

Hace años que procurando nosotros adquirir noticia de un poeta cordobés del apellido de Montoro, encontramos que no podia ser uno solo el que habia tenido este apellido, sino dos, porque las circunstancias del uno no convienen con las del otro. Al uno se le nombra Anton de Montoro y Juan Anton de Montoro; al otro solamente Anton de Montoro. El uno fué hijo de una familia noble y distinguida (1) así por la linea paterna como por la materna; el otro, que era judio, fué llamado el *ropero de Córdoba*, y de él se encuentran composiciones en algunos cancioneros, especialmente en el de Pedro Guillen, según noticia del insigne bibliógrafo D. Bartolomé José Gallardo que lo poseia. De este trovador judio, natural de Córdoba, hace mencion D. Diego Clemencin en el elogio de la reina católica, diciendo: «Las musas no habian limitado sus favores de tal modo á las clases ilustres y distinguidas de la sociedad, que escluyesen enteramente de ellos á los humildes. Al lado de los próceres de Castilla figuran Anton de Montoro, apellidado el *ropero*, Juan Poeta, Gabriel el músico, maestro Juan el trepador, los dos primeros de raza judia.» Se ve pues que el Montoro judio, aunque hubiese principiado á darse á conocer en el reinado de Enrique IV, floreció en el de los Reyes Católicos: el otro pertenece á tiempo anterior, pues nació en Córdoba por los años de 1420 ó 1421. Fuéron sus padres Pedro de Montoro y Doña Juana de Guzman, que murieron dejándole muy joven, por lo que se encargó de su educacion el canónigo de Córdoba, Íñigo de Velasco, su tío por parte de padre, el cual procuró inclinarlo á la carrera eclesiástica, que rehusaba Montoro por su decidida inclinacion á las armas. Cumplióse al fin su deseo entrando á servir en la mesnada del célebre marqués de Santillana, D. Íñigo Lopez de Mendoza, cuando este se hallaba en la guerra de Jaen. Pronto se adquirió renombre entre sus compañeros, siendo celebrado, así por su valor y bizarría, como por sus trovas, que andaban de boca en boca. El marqués, noticioso de las proezas é ingenio de Montoro, queriendo ver si sus composiciones corrian parejas con su valor, lo llamó á su presencia y le pidió que compusiese unos versos de repente. No se embarazó el caballero cordobés; antes con suma agudeza y no menos modestia dirigió al marqués los que siguen:

Como ladron que desea  
Sin quel mate, nia que mate  
Furtar villa ó gente rea,  
Ela mira éla rodea  
Y no le falla combate;  
Y despues de bien miradra,  
Fállala tan torreada  
Que por non ser omicida  
Alza mano de la entrada  
Recelando la salida;  
Así varon que floresce  
En saber é valentia  
Ante quien prevalesee

(1) A la ilustre familia de Montoro perteneció el valiente Alfonso de Montoro, de quien canta así el trovador Mosca Jaime Febrer:

La carrasca ébon en lo camp d'aurat  
Alfonso Montoro noble cordobés  
Portaba en lo escut, count ell fench baixat  
Al siti de Jativa: est per bon soldat  
Al castell de Albaida del rey fench comes  
Perque les defenses (que mes importaben  
Pera conservar-lo) fura ab diligencia etc.

Mil vegadas me contesse  
Con vuestra gran señoría  
Querer mostrar ignorancia  
Por ante vuestra substancia,  
Y fallo que es mas saber  
Por lo que puede perder.

Desde aquel momento quedó el marqués aficionado á Montoro, y lo llevó á la corte cuando fué llamado á ella por el rey D. Juan II, y allí uno y otro compusieron á este monarca varios cantares é decires; por lo que es de estrañar no hiciese Santillana mencion de él en su carta al condestable de Portugal.

Parece que Anton de Montoro murió después del marqués y de Juan de Mena, según se averigua por composiciones; pero no se puede fijar el año cierto de su fallecimiento, si bien es de creer fuese en Córdoba donde residia después de la muerte del marqués de Santillana.

D. Nicolás Antonio no se olvidó de Anton de Montoro en su Biblioteca; pero no da otra noticia de él, sino que existe un códice de sus poesías en la Biblioteca Colombina. Sin embargo, D. Diego Alejandro de Galvez, bibliotecario que fué de esta, creyó que él habia sido el descubridor de este MS., y afirma que no tuvo noticia de él D. Nicolás Antonio, pues procurando adquirir noticias de Montoro en carta autógrafa que tenemos á la vista, fecha en Sevilla en 30 de noviembre de 1766, y dirigida á D. Fernando Lopez de Cárdenas, cura de Montoro, dice así: «habiendo descubierto en esta Biblioteca un MS. del siglo XV que contiene varias poesías de Anton de Montoro, necesito en el dia indagar quien y de donde fué natural. No hay dificultad: es andaluz, pues sus poesías van dirigidas al corregidor de Córdoba, al de Andújar, al conde de Cabra, al alcaide de los donceles, etc., presumo fué natural de esa villa (Montoro); por lo que he de merecer á Vd. me diga si hay por allá alguna noticia de este poeta ignorado de D. Nicolás Antonio y de nuestros escritores. Asimismo si tiene noticia de otro poeta, Juan de Valladolid, á quien dirigí varias octavas, y recibí en las mismas sus respuestas.»

Por los años de 1447 ya parece estaba en Córdoba, pues el corregidor de aquella ciudad le mandó que ficiese un Albalá para Joan Habis cambiador del cabildo, que dice así:

Buen amigo Joan Habis  
Fe de mi poco tesoro  
Darás á Anton de Montoro  
Trecientos maravedis;  
Y con esta son contento  
De lo que aquí se promete:  
Fecha en amor verdadero  
A veinte é cinco de enero  
Año de cuarenta é siete.

La mayor parte de sus poesías parecen escritas en los últimos años de su vida, cuando cansado del peso de las armas, fatigado del bullicio de la corte, pasaba los años en su patria Córdoba.

De lo alegre de su carácter dan bastante muestra estas composiciones:

1.<sup>a</sup>

Al corregidor de Córdoba porque le mandó que pegase cañas.

Que fueses buen caballero  
Dias há que non peque;  
¿Y quereis saber por que?  
Porque soy muy lastimero.  
Todo lo tengo, y non feo  
Que non me falta pedazo:  
Salvo caballo y arreo  
Piernas, corazon y brazo.

2.<sup>a</sup>

Al mismo corregidor demandándole ayuda para casar á una hija.

Discreto i muy pólido  
Pasa el mundo i para dios  
A mi hija do marido  
Con sola fusia de vos.  
Si vuestro buen ren ediar  
Non viene con manos llenas  
Habrá de ir á acompañar  
A las que Dios faga buenas.

«El bibliotecario y el trovador» han publicado algunas poesías de Montoro, fuera de las cuales contiene el códice unas catorce ó quince. Los títulos de algunas de ellas son: A la muerte de Juan de Mena.—Al corregidor Dávila (1).—A Toledo, rey de armas.—Al escudero Jo-

(1) Era el muy magnífico señor Gomez Dávila, señor de San Roman, vasallo y guarda mayor del rey, corregidor de Córdoba por los años de 1437.



vera.—A la venda.—Al dispensero.—El conde de Cabra.—El caballo.—La mula.—La pregunta sobre las doncellas.—El alcaide de los donceles. Escribió asimismo el «canto lírico memorando la perdición de Urdiales cuando era dudosa,» y entre las poesías que publicó Fernan

Martínez de Burgos se encuentran diez y siete octavas «sobre la muerte de los comandadores Jorge y Fernando de Córdoba, que mataron un día.»

LUIS MARÍA RAMÍREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.



(Lápida de mármol, colocada en el panteón del doctor Baranda.)

### EL DOCTOR DON PEDRO SAINZ DE BARANDA.

Largos años lleva el SEMANARIO PINTORESCO de consagrar un trecho en sus columnas á la memoria de los hijos ilustres que ha producido la España. Nadie mas digno de esta honra que el virtuoso y sabio sacerdote, cuyo nombre va á la cabeza de este artículo. Pluma mejor cortada que la nuestra podrá hacer el detenido análisis de sus obras; nosotros solo escribimos una ligera biografía, cual cumple á nuestro conocimiento, escaso en las materias en que mas sobresalió el escritor que nos ocupa.

No presenta la vida de D. Pedro Sainz de Baranda muchos ni muy variados sucesos. Hállanse inesperadas peripecias en la existencia de los aventureros políticos y de los distinguidos literatos de la edad presente; pero los días del sabio que vive *ni envidiado ni envidioso*, corren tranquilos, sin que los altere el confuso rumor de las humanas pasiones.

Nació D. Pedro Sainz de Baranda en Madrid, y recibió las aguas bautismales en la parroquia de Santa Cruz. Fué su padre el honrado patricio que lleva su mismo nombre, cuyos hechos ocupan un lugar en la historia contemporánea, cuyos títulos á la gratitud del pueblo madrileño no es necesario recordar. A los siete años de edad comenzó su educación literaria en el colegio de PP. Escolapios de San Antonio Abad, donde cursó humanidades con temprana y notable aplicación. Pasó después á las cátedras de San Isidro el Real, donde estudió retórica y filosofía, así como también los primeros rudimentos del griego y del hebreo; lenguas que andando el tiempo llegó á poseer con perfección no vulgar.

Cumplía catorce años el joven Sainz de Baranda, cuando deseosos sus padres de proporcionarle mayor suma de conocimientos, le enviaron á la célebre universidad de Alcalá, donde, concluidos los años escolares, recibió el grado de doctor en ambos derechos, con el lucimiento que era de esperar de su clara inteligencia y constante aplicación. Vuelto al seno de su familia, y sintiendo decidida vocación al sacerdocio, recibió las sagradas órdenes de mano del cardenal de Borbon, arzobispo de Toledo.

El año de 1826 le abrió sus puertas la Academia de la Historia en clase de correspondiente, por sus eruditas y sabias notas y rectificaciones al *Diccionario Geográfico* que en aquel entonces publicaba el conocido escritor D. Sebastian de Miñano. Habiendo leído un elogio histórico acerca del famoso anticuario D. Antonio Agustín, fué nombrado individuo supernumerario de dicha Academia, y luego de número

por la lectura del *Cronicon de Valladolid*; anotado con diligente esmero y particular acierto.

Muerto el año de 1845 el P. Maestro Fr. José de la Canal, sabio colaborador de la *España Sagrada*, se le encargó á D. Pedro Sainz de Baranda la continuación de dicha obra, de la cual escribió los tomos 47 y 48, y dejó preparados muchos trabajos para el 49.

Además de las obras de que dejamos hecha mención, compuso las siguientes, impresas unas, y otras inéditas:—*Discurso sobre la necesidad y utilidad de formar un sumario de los españoles que han asistido á los concilios generales*. M. S.—*Exámen y juicio crítico de las crónicas del reinado de Enrique IV*. M. S.—*Noticia de los españoles que asistieron al concilio de Trento*.—*Clave de la España Sagrada*.—*Biografías de los colaboradores de la España Sagrada*.—*Breve contestación á un artículo del abate Laval, copiado en la Gaceta de Madrid de 11 de junio de 1859*. Un volumen en 8.<sup>o</sup>

Aun podían esperarse sazonados frutos de la vasta instrucción del doctor Sainz de Baranda, cuando una apoplejía fulminante puso término á sus días el 27 de agosto de 1855. Modestos son los títulos que acompañan su nombre: bibliotecario de la Academia de la Historia y de la Universidad Central; archivero de dicha Academia; correspondiente de la Imperial de ciencias de Viena, de la de Buenas Letras de Barcelona, é individuo de otras varias corporaciones científicas y literarias.

Bajo tres distintos aspectos se puede considerar al doctor D. Pedro Sainz de Baranda; como hombre, como escritor y como sacerdote.

Hijo cariñoso; buen amigo; amparo de los pobres; protector de la juventud estudiosa; tales fueron sus humanas virtudes.

Erudición profunda; vastos conocimientos; recto juicio; no galano, mas sí puro y castizo lenguaje; tales son las dotes que distinguen las obras del anotador del *Cronicon de Valladolid*.

Modesto en su porte; medido en sus palabras; ejemplar en sus costumbres; tal debe ser el sacerdote cristiano; tal fué D. Pedro Sainz de Baranda.

Consagrado constantemente al estudio, retirado del bullicio del mundo, sin allegar riquezas ni ambicionar distinciones, D. Pedro Sainz de Baranda conocía que un nombre puro y honrado vale mas que las humanas grandezas; padron de infamia si son adquiridas por reprobados medios, y sello las mas veces de pobres y raquíticos pen-samientos.

LUIS VIDART.



**ORDEN**

QUE FELIPE IV ENVIÓ AL DUQUE DEL INFANTADO,  
SU MAYORDOMO MAYOR.

El empeño en que hallé las rentas de mis reynos, cuando entré en ellos, y las grandes ocasiones de gastos que se han ofrecido después acá, con averse acabado la tregua de Flandes, y aver sido necesario crecer mis armadas, por los muchos enemigos que andan en la mar, y acudir á Italia y Alemania y otras partes precisas, y la falta de hacienda que hay para tantas cosas, ha obligado á poner todos los medios posibles para tenerla, y siendo uno de ellos la reformation de los gastos que no fuesen precisos, para poderlo disponer mejor, he tenido por conveniente empezar por mi casa, y así he resuelto que se reforme lo siguiente.

Con vuestra persona no se ha de hacer novedad ninguna: pero

queda asentado que los que os sucedan en el oficio de mayordomo mayor, no ayan de tener mas de un cuento de maravedís de salario, y los emolumentos que oy gozais.

Que de aquí adelante no haya mas de cuatro mayordomos, y que de los que ay oy nombrados, queden los cuatro mas antiguos con sus gages y emolumentos y los demas por aver ya empezado á servir, lo continuen pero ha de ser sin sueldo, con sola la casa de aposento, y escútese el plato de manjar blanco unos días y otros de arroz, y las veinte libras de nieve que se dan á los mayordomos, que no lo han de llevar, ni los que tienen salario, ni los otros, ni tampoco se ha de dar á ningun otro oficial de los que agora le llevan.

Los Gentiles hombres de mi boca han de ser 50, y se han de ir consumiendo los que vacasen hasta quedar en este numero, y estando ausentes en ninguna manera han de llevar salario, aunque sea con licencia.

Que haya 40 Gentiles hombres de la casa y no mas. Y si agora uviere mayor número, se bayan consumiendo hasta quedar en este.

Ha de haber dos Varlet servant y no mas.



(Vista general de Portilla: de la antigua Portella, ó Villa-vieja, y de su castillo.)

Que no se añadan costillares, y estas plazas han de quedar preservadas para los que saliesen de pajes.

Que haya 24 pajes que es el número que ha habido estos días.

Que en la Panateria aya un gefe, dos ayudas y un mozo, como solia en tiempo de mi abuelo, y lleven las mismas raciones en la calidad y cantidad que solian entonces, escusándose todo lo que escudiese de esto en cualquier manera, y lo mismo se entienda respecto de los emolumentos que llevasen otras cualesquier personas de este oficio.

En la frutería ha de aver un frutier y un mozo como en tiempo de mi abuelo, y con los mismos salarios. Todo lo demás se ha de reformar, y las 68 libras de fruta que se da cada día á diferentes personas por nueva introducción.

En la Cava se escusará el mozo entrenido y el aguador, y en su lugar podrá aver dos mozos que lleven á los oficios lo que fuese menester, y suplián en las jornadas con gages de entretenidos, y se escusará el vino de los almuerzos.

El veedor de bianda no llevará de aquí adelante lo que llaman rescas.

En la cocina se escusaran dos mozos, y de aquí adelante de dar plato á nadie como no sea de camino.

En el Guarda mangel se escusara lo que llaman frescos, y las ra-

ciones de las viudas y reservados, se reduzgan á cuatro ducados, y una anega de trigo al mes: y al Guardamangel no se traerá mas ternera que la que viene de Aranjuez, y cesara lo que se hubiese añadido en las raciones.

En la Cerería se escuse un mozo, y el llevar el jefe la cera de las sobras, por ser introduccion y el sumiller de Corps no se lleve las 60 achetas que suele.

En la Botica se reduzgan el número de los oficios al tiempo de mi abuelo, y el salario del boticario á 400 ducados, y los ayudas á 200, y los mozos á 100.

En la tapicería se escuse un ayuda y un mozo que hay demás, y en vacando este oficio, se junte con el de aposentador de Palacio, como solia.

En la caballeriza sera la reformation como lo tengo ordenado que montara mas de 20,000 ducados.

Gentiles hombres de mi camara avra 8 y á este numero se reduci- ran como fuesen vacando, daranseles ocho platos de comida en su estado, y á los ayudas doce reales á cada uno cada día y quitarse el estado.

Al maestro de la Camara, le cesaran los 50 reales cada mes de ensalada y las conservas del día de ayuno.



Al Contralor, el fresco, la pastelería, tocino, manjar blanco y conservas, y de camino se le daran dos asados y su cocido, y para cenar dos cosas, y no tome nada de los oficios.

Al Grefier, le cese lo que llaman fresco y enténdese con Ramiro de Zabalcá reservado.

Con los médicos de Camara, se escusen las colaciones de los días de ayuno y sangradores avra solo dos con 100 ducados de salario cada uno y su ración, y serán Lozano y Fuentes.

Vgieres de Camara se reducirán á ocho como en tiempo de mi abuelo y los Porteros de Palacio y Saleta á seis.

Los dos sofa ayudas de furriería se escusaran y los 30 maravedís que se dan cada día á todos los oficios para leña.

Los aposentadores de la casa de Borgoña, que son hoy 8 del libro y 11 de camino se reducirán á 4 del libro y 8 de camino.

A la Guarda de Archeros se le añadió el año 1589 60 ms. á cada uno con que tuviesen cavallos. El año 1600 se permitió que no los tuviesen, sin quitarles los añadidos, reduciránse á lo antiguo, sino es en las jornadas, que llevarán lo que hoy y quedo con cuidado de tener la mano en jubilaciones y á los que se jubilasen bastara dalles tres reales cada día.

Al teniente de la Guarda Española, que tenia 200 ducados al mes, se le doblaron y al Alférez se le añadieron quince reales, reducirase esto á la primera cantidad.

Los dos reales que se dan en la Azemilería á los recompensados será uno como solia.

Los sueldos que hubiere duplicados se reformaran.

Estarase con cuidado de que se paguen los salarios puntualmente, para que gozandolos á su tiempo puedan comer con comodidad endo mismo que sirven.

Reducidas las cosas á este estado tendran mejor disposicion para el ejercicio de estos oficios y se ahorran mas de 77000 y 500 ducados en cada un año. Hareis que así se egecute. En Madrid á 7 febrero 1624. El Duque del Infantado.

#### AL CONDE DE BENAVENTE MAYORDOMO MAYOR DE LA REINA.

Aviendo mandado reformar mi casa, cumpliendo con lo que pide el estado de las cosas, y otras razones, he resuelto reformar tambien la de la reina porque militan las mismas y he ordenado lo siguiente:

Que el gasto del estado de las damas se reduzga á 6 platos á comer y 4 á cenar, pues de ordinario comen pocas en el y bastaran cuando fueran mas.

A las dos criadas que tiene cada dama, se les de ración 4 panecillos, 2 libras de carnero y 4 onzas de tocino. Y á las de la camara de la reyna, lo mismo que se les da á la de la Infanta mi hermana y á las unas y las otras se les baje cuando van á la enfermería con que comera todo mejor y con mas comodidad.

A vos se os dan un quento de gajes y otro de extraordinario por el plato, y he entendido que tambien agora llevais el plato y monta de 6 á 8 mil ducados, escusareis el llevarle, pues se hizo con el conde Alva de Lista, Duque de Sesa, Marques de Lagunas, y en mi casa con el Duque del Infantado y Marqués de Velada, y con vuestros sucesores se escusara tambien el un quento extraordinario.

Cesara el manjar blanco que se da á los Mayordomos y no se hara sino quando se hubiese de servir á la mesa de la reyna, entonces se embiaran al estado de las damas dos platos.

A las damas no se daran meriendas de la confitería y del Guardamangel se podran llevar algunas empanadas y frutas.

Los criados y criadas de la reyna que son ciento y cuatro mas de los que tenia la reyna Doña Ana, mi abuela, se reformaran á aquel numero como fueren vacando.

Al Contralo, Orgrafier y despensero mayor le cesara lo que llaman fresco.

En los oficios de boca se escusara de dar unos á otros para almuerzos lo que se ha introducido y se quitaran los mozos entretenidos.

Reducidas á este punto, las cosas tendran el estado conveniente, y mi hacienda interresa en la casa de la reyna, en cada un año mas de 8.000 ducados, y así se egecutara con mucha puntualidad. Madrid 7 Febrero 1624.

#### RETRATO DE CARLO-MAGNO.

FRAGMENTO

TRADUCIDO FIELMENTE DE LA CRÓNICA LATINA

que escribió su secretario Eglahardo,

EN EL SIGLO VIII.

«Vestia ordinariamente el mismo traje que los francos, á saber: camisa y calzoncillos de lienzo, túnica de seda bordada, y calzones;

cubriase las piernas con vendas, y el pie con un calzado muy ajustado.

A este vestido solia añadir en invierno otro de piel de nutria, y colgaba la espada de un tahali de plata ú oro. En las principales festividades, y cuando daba audiencia á los embajadores, ceñia una espada guarnecida de piedras preciosas, pero jamás quiso usar trajes extranjeros por magníficos que fuesen; solo dos veces, á ruegos de los papas Adriano y Leon, consintió en llevar la túnica larga, elámide y calzado á la romana. En las grandes solemnidades y procesiones usaba una túnica tejida de oro, calzado cubierto de pedrería, y añadía á la capa un broche de oro, y se ponía en la cabeza una diadema en que brillaban muchos diamantes. Parco en el comer y sobrio en la bebida, miraba con horror la borrachera en todas las clases, pero sobre todo en aquellos que andaban á su alrededor. Le costaba mucho privarse de alimento, y se quejaba con frecuencia que los ayunos deterioraban su salud. No daba banquetes sino en las fiestas solemnes, en las cuales era considerable el número de convidados. Su comida ordinaria consistía en cuatro platos, á mas del asado, que le agradaba mucho y le servían en el mismo asador. Durante la mesa le complacia oír contar las hazañas de los antiguos, á bien le leyese en las obras de San Agustín, de que hacia mucho aprecio, en especial de la *Ciudad de Dios*. En muy raras ocasiones, en toda la comida llevaba tres veces el vaso á los labios; pero en el verano, aunque no comiese mas que frutas, bebía en seguida; luego se desnudaba y dormía dos ó tres horas; durante la noche solia despertarse cuatro ó cinco veces, y en cada una de ellas se levantaba un rato. En tanto se vestía recibía á sus favorecidos, y cuando el mayordomo de palacio le anunciaba que era necesario tomase conocimiento de algun pleito, para que juzgase con rectitud, llamaba en el instante las partes, y oídas sus razones, fallaba como si estuviese en su tribunal; en seguida señalaba á cada uno su tarea para el día, y á sus ministros los negocios á que debían dedicarse. La elocuencia de Carlo-Magno era tan fecunda, que podia espresar todos sus pensamientos sin recurrir á su lengua materna. Sabía la latina, y la hablaba con tanta facilidad como si fuese su idioma nativo. Comprendía muy bien el griego, pero lo hablaba con dificultad; pero en lo demas, su facundia era suficiente para abusar de ella algunas veces. Se habia dedicado con mucho ahinco á las artes liberales: así es que veneraba á sus maestros, y los colmaba de honores. El diácono Pedro Pisan le dió en su vejez algunas lecciones de gramática, y en los demás estudios fué su maestro *Albin*, por otro nombre *Alcuin*, diácono breton, hombre muy versado en todas las ciencias. Carlos habia empleado con él mucho tiempo y trabajo para aprender la retórica, la dialéctica, y sobre todo la astronomía: además se aplicó al arte del cálculo, y á seguir el curso de los astros, y se dedicó á formar la letra, teniendo siempre á la cabecera de su cama tabillitas y libritos para adiestrar su mano en la escritura; pero no adelantó mucho en esta clase de trabajo, á que se habia dedicado tarde y fuera de sazón.»

#### EL PUENTE DEL DANUBIO.

El famoso puente del Danubio, de que tanto se habla ahora con ocasion de la guerra de Oriente, fué construido por el arquitecto Apollodoro, cuando el emperador Trajano hizo la guerra á los Partos y los Dacios. Cuando las invasiones de los bárbaros empezaron á poner susto en los romanos, Adriano mandó cortar el puente para impedirles el paso. En España tenemos obras romanas de una arquitectura muy semejante al puente del Danubio. Tales son el arco de Trajano y el puente sobre el Guadiana, en Mérida. El primero fué construido por el arquitecto á la gloria del vencedor de Decibalo, y es una obra de mas mérito aun que el puente del Danubio. Se conserva en la actualidad tal como fué construido. No así el puente del Guadiana, que está muy ruinoso por algunas partes, y las avenidas han destruido el anfiteatro que habia en medio del rio, adonde se bajaba desde el puente por dos magníficas escaleras laterales. Hoy estan convertidas en rampas, y abajo apenas se distinguen entre las ruinas el vomitorio y algo de la gradería.

#### UN INCENDIO CÉLEBRE.

Hasta las cosas mas naturales, hasta las catástrofes han de tener fortuna para pasar á la posteridad. A este número pertenece el incendio del palacio del príncipe Razumowski, durante el congreso de Viena en 1815. Entre las personas que contribuyeron á apagarlo como simples bomberos, se contaban el emperador de Austria, Alejandro



de Rusia, el rey de Prusia, el príncipe de Metternich, Eugenio Beauharnais, hijo político de Napoleón, y una multitud de príncipes, duques, condes, diplomáticos y forasteros de distinción, que habían acudido á Viena atraídos por las fiestas del Congreso, y por el curioso espectáculo de ver juntos á tantos y tan poderosos monarcas, repartiéndose amigablemente las vestiduras del triste prisionero de Santa Elena.

El incendio empezó entre once y doce de una de las últimas noches de diciembre de 1815. Hacia un viento bastante fuerte, de manera que las llamas tomaron tal vuelo, que parecían el Vesubio en erupción, y sin embargo nevaba muchísimo al mismo tiempo. Dice un testigo ocular que nada ha visto mas curioso que aquel torbellino de llamas, brotando á través de la nieve. Al abrirse las paredes dejaban entrever las magníficas habitaciones del palacio, atestadas de objetos preciosos, que iban de hora en hora desapareciendo. Era inútil arrojarlos á la calle, porque las estatuas se hacían pedazos, y los cuadros se borran enteramente con el lodo. El magnífico salón principal, que contenía, entre otras preciosidades, tres estatuas de Cánova, dos cuadros y un boceto de Rafael, dos Murillos, comprados por el príncipe al mariscal Soult, un boceto de Velázquez, de la misma procedencia, once cuadros de Lebrun, uno de Alberto Durero, un retrato del Ticiano, é innumerables lienzos de menos reputación, fué consumido enteramente por las llamas. Al hundirse esta sala, todo el pueblo de Viena, que presenciaba el incendio, lanzó un grito de consternación.

Este palacio era, como hemos dicho, del príncipe Razumowski, embajador de Rusia, señor tan fastuoso y tan rico, que para llegar al Prater (paseo de Viena) mas pronto, había construido un puente sobre un brazo del Danubio. Durante el congreso de 1815 dió allí el emperador Alejandro todas las fiestas con que pagó al Austria la hospitalidad que le debía. Una de ellas fué una comida en la sala principal. Los convidados eran 700, y entre ellos el que menos era embajador.

## NUNCA.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Aprobada por el censor.)

Federico habló á Inés seriamente de sus proyectos, y la linda muchacha, que veía en ello el colmo de su felicidad, el desenlace de su novela, le contestó de un modo tan encantador, le habló con tanta gracia y naturalidad, que él, entusiasmado, se presentó á Doña Manuela.

Esta aceptó todo lo que su sobrino le proponía, y para arrebatárselo mas le dijo que lo consultase con su madre y su padre, y que ella entonces accedería gustosa, si nadie se oponía.

Efectivamente, nadie se opuso.

### XI.

#### ¡¡POBRE BLAS!!

El amor, por mas que se diga, es como las composiciones dramáticas, que siempre parecen mejores cuando se ponen en escena con gran lujo y magníficas decoraciones.

H. Marger.—CLAUDIO Y MARIANA.

Aun cuando Inés, la sencilla Inés, hubiera conocido la pasión de su desgraciado jardinero; aun cuando esa pasión no le hubiera sido por completo indiferente, es cosa cierta y segura que al ver á su primo, tan galán, tan elegante y de maneras tan aristocráticas, que al oírle palabras de amor como se dicen en los salones, el pobre Blas hubiera perdido el pleito: así, no es extraño que la pasión de Inés por Federico hubiera ido creciendo, y que si alguna vez había sentido en su corazón cierta inclinación por Blas, se hubiera borrado al establecer la comparación entre los dos.

Así había sucedido, como hemos tenido ocasión de demostrar en los capítulos anteriores; con tanta mas razón, cuanto que los amores de Blas se habían reducido á amores á *vista de pájaro*, y que nunca la había dicho una palabra; es un axioma ya bastante conocido, que las mujeres desprecian á los tímidos, y que cuando una mujer conoce que no es indiferente á los ojos de un hombre, este pierde cuanto mas tiempo deja pasar sin decirselo, porque el amor propio de la mujer se

resiente; así que, aun cuando Inés, decíamos, hubiera conocido la pasión de Blas, y hubiera estado pronta á corresponderla, hubiera perdido todos sus buenos deseos y sus propósitos enamorados, al ver la timidez de Blas, derrotada completamente por la permitida audacia del elegante Federico.

Estas circunstancias iban á hacer la completa desgracia de Blas, porque estaba verdaderamente enamorado; cuando la pasión aun era naciente, no quiso reprimirla, por mas que se lo aconsejaba su cabeza, por mas que el respetable dómine se lo había dicho, en la conferencia que tuvieron aquella mañana, de que hemos hablado.

Blas sentía en su alma esa inclinación fuerte que se siente hacia la mujer que nos agrada, y fiel á sus condiciones de hombre, aun cuando hubiera podido sofocarla en un principio, no se esforzó todo lo que debiera, y la dejó ganar terreno, causándose á sí mismo su desgracia.

Esto es muy común: cuántas veces nos podríamos ahorrar muchos malos ratos, muchos pesares, y aun muchas desgracias, si la voluntad se empeñara en no ceder; y no que nos abandonamos á la indiferencia, que poco á poco se va apoderando de nuestra alma, hasta que la domina completamente.

Y ya las lágrimas de Blas eran inútiles; ya su desesperación estaba demas; perdía el tiempo que gastaba en sus locos lamentos, porque el mal estaba hecho; no podía enamorar á Inés; cualquiera determinación que hubiera tomado, hubiera parecido ridícula á los ojos de la mujer por quien la tomaba, y Federico se hubiera reído también de su desesperación y de sus lágrimas.

¡Pobre Blas! cada obstáculo que se oponía á sus antiguos sueños de oro hacía creer la pasión: ya no tenía fuerza para domarla; ya no podía sujetarla, y se lamentaba, y se desesperaba.

El, que hubiera querido tanto á Inés; él, que la hubiera entregado un alma virgen, y las delicias de un primer amor, tenía que ser despreciado por un hombre acostumbrado á fingir esas pasiones de salón que nacen y mueren en una noche.

Y Blas se afligía y lloraba, y se desesperaba; no sabía qué resolución tomar, y vagaba su alma en esa indecisión, causa de tantos de nuestros males.

Demasiado comprendía que era imposible entrar á competir con Federico; por muy grandes que hubieran sido sus ilusiones, cuando Inés era la niña tímida y juguetona de sus primeros años, ahora tenía que verlas desaparecer ante el elegante primo; él no tenía otro mérito para la mujer que le amara, que su cariño sin límites, que su amor ciego, que su pasión virgen y su sencillez de honrado campesino: no era bastante; ante el amor desnudo de sus oropeles y con el solo brillo de la pasión, y el amor engalanado con toda la pompa de la educación y del lujo, no vacila nunca la mujer; y Blas, aunque tosco y labriego, comprendía fácilmente que Inés preferiría á Federico aun cuando no fuera mas que por la misma razón que él prefería en su jardín las flores mas ricas, mas lujosas y mas caras. Esto le había convencido de tal manera, que su pecho sentía esa resignación cruda y dolorosa que da al alma el desgarrador consuelo de decir «no hay remedio» y estas observaciones le hacían exclamar: «Es imposible que yo sea feliz; no puedo aspirar á mi dicha; ella no puede amarme, y yo sin su amor no ambiciono nada; pobres ilusiones mías, nunca os vereis realizadas, nunca.»

Cada día que pasaba le hacía perder mas sus ilusiones, y el consuelo no bajaba con su benéfico rocío á refrescar su alma dolorida.

### XII.

Todo ama; todo lo que me rodea espiermenta los dulces y de iciosos placeres de la juventud; mi corazón esta solitario y afligido.

Schiller.

Hacia una mañana deliciosa; el viento se había callado, y todo estaba tranquilo; los árboles cubiertos de verdes y lustrosas hojas parecían inmóviles; ni aun el leve soplo de la brisa agitaba las flotantes flores; las aves cantaban de vez en cuando, y la campana de la iglesia tocaba con alegre tañido, dejando perder sus vibraciones metálicas, que parecían prolongarse hasta lo infinito. El camino que conduce á la iglesia estaba animadísimo; los aldeanos y las aldeanas con sus trajes de fiesta parecían á lo lejos una pradera de flores animadas.

Un joven solo y aislado del bullicio general parecía no tomar parte en esta fiesta que alegraba á todos los espectadores; sentado en una eminencia que dominaba al camino, estaba triste y meditabundo; sus ojos no vertían una lágrima, y los fijaba con ansiedad en el camino; los demás aldeanos no le habían visto; ninguno le acompañaba, y solo y triste le habían dejado en brazos de su dolor.

De vez en cuando levantaba los ojos al cielo, como dirigiéndole



una plegaria muda y ferviente, y volvía de nuevo á mirar al camino por el que venían grupos de hombres, mujeres y niños; ninguno de ellos le llamaba la atención, y ni los cantares que había oído desde su niñez lograban sacarle de su éxtasis.

De repente, un murmullo general y vago como los murmullos de las masas, animó aun mas la vida de aquellas personas: todos corriendo en diferentes direcciones vinieron á parar al camino para esperar lo que estaban esperando, para ver llegar los dos amantes, que iban á encontrar ante los altares rústicos de la iglesia de aquella aldea el premio de su fácil amor: solo el joven permanecía en el mismo sitio mirando á lo lejos, y como si á sus oídos no hubiese llegado el murmullo general.

La pareja esperada llegó.

Inés con sus encantadores abries, vestida de blanco y con una corona de azahar en su lustrado pelo negro, marchaba al lado de su madre; Federico la seguía lleno de felicidad, acompañado de un amigo suyo y del domine D. Eusebio, á quien también conocemos.

Todos admiraron la belleza de los que iban á ser esposos; los jóvenes envidiando en sus adentros á Federico, y mirando con ojos de amor á la mujer á quien amaban y á quien habían prometido igual desenlace de su pasión; las mujeres envidiaban la posición de Inés, que iba á casarse con el que amaba, tan hermosa y tan compuesta, y miraban á sus novios como interrogándoles acerca del porvenir con inquietud, pero calmándose instantáneamente ante una de las sonrisas que tan pronto se comprenden entre amantes.

Solo Blas permanecía en su sitio, tan inmóvil como al principio, sin haber quitado los ojos del horizonte, sin haber mirado á los novios, sin haber tomado parte en aquella escena de alegría que á todos entusiasma.

Todos entraron en la iglesia en pos de ellos; el camino quedó desierto, y la naturaleza volvió á quedar muda, sin otro ruido que turbara su silencio, mas que el tañido de la campana que tocaba con un sonido alegre y risueño que se perdía por los valles.

La ceremonia se acabó, y los que antes habían entrado separados, salían juntos, radiantes de placer y de alegría; todos los campesinos los acompañaron hasta su casa, cantando y bailando, porque hacia mucho tiempo que una escena tan alegre no había tenido lugar en la honrada aldea donde pasaba.

Habo por la noche fiesta y regocijo; todos se alegraron, todos bailaron, todos pensaron en la novia y el novio; pero no hubo mas que una persona que se acordara de que Blas faltaba á la reunión y que no se le había visto en todo el día; este fué su padre, que después de buscarle por todas partes le halló alumbrado por las estrellas en el mismo sitio en que le vimos por la mañana, con los ojos fijos en el horizonte: mucho trabajo le costó arrancarle de allí, y apenas en su casa se descuidaban un momento, Blas desaparecía y le volvían á hallar en aquel sitio con los ojos fijos en el horizonte, murmurando con voz apagada: ¡Dios mio!... nunca!...

Desde este día, todos en el pueblo llamaban á Blas el loco, y siempre, como si un pensamiento doloroso le dominara, iba á sentarse cerca de la iglesia, fijaba los ojos en el horizonte, y se pasaba horas y horas sin que nada pudiera arrancarle de su locura melancólica.

AGUSTIN BONNAT.

### PREGUNTAS.

A uno de los siete sábios de la Grecia se le hicieron las siguientes preguntas:

- 1.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas antigua?
- 2.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas bella?
- 3.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas grande?
- 4.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas cómoda?
- 5.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mejor?
- 6.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas veloz?
- 7.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas sabia?
- 8.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas poderosa?
- 9.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas fácil?
- 10.<sup>a</sup> ¿Qué cosa es la mas difícil?

Los discretos no necesitan que les digamos lo que contestó el sabio; á los que no lo sean, se lo diremos en el próximo número.

### A UN OJO MALO.

EN UN ALBUM.

De esos dos soles, adorada mia,  
que de tu cara en el hermoso cielo  
lumbres son de mi amoroso anhelo,  
el uno en noche está si el otro en día;  
de una sangrienta y bárbara oftalmía  
cúbrele el denso y encarnado velo,  
y como por su bien nada recelo,  
tanto como pesar dame alegría.

Que si amor por los ojos tiene entrada,  
y es mal agüero el del siniestro lado,  
este eclipse parcial va en mi provecho:  
pues si tú me diriges tu mirada,  
en teniendo el izquierdo así nublado,  
solo se puede entrar por el derecho.

MARIANO Z. CAZURRO.

### LOS TONTOS.

Los estiman los hombres; las mujeres  
los ponen en los cuernos de la luna;  
es constante con ellos la fortuna;  
todos les dicen:—toma;—y nadie:—¿quieres?

Son sus placeres, de verdad placeres;  
su risa es un metal sin liga alguna;  
ni pagan, ni el inglés los importuna,  
y sus mujeres pagan sus deberes.

Yo no sé cómo hay tonto que se muera,  
ni tonto pobre, ni que llegue á viejo,  
ni sé como no hay mas, y hay ya infinitos.

Dios los tolera: el mundo los tolera...  
sí, porque son los tontos un espejo  
donde se ven los hombres muy bonitos.

### EN UN ALBUM.

Un sentimiento puro  
guardo en el alma  
como guarda la perla  
concha de nácar;  
como en el templo  
de Dios la faz envuelve  
nube de incienso.

En mis horas de negra  
melancolía  
el consuelo me infunde,  
él me reanima,  
que él es el faro  
donde dirijo todos,  
todos mis pasos.

V. BARRANTES.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*El pobre y el monarca son iguales para la muerte.*

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.